

*Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.*

177. Hija mia, pues en este capítulo con particularidad has entendido el incomparable dolor y amargura con que yo lloré la perdición de las almas ajenas; de aquí conocerás lo que debes hacer por la tuya y por ellas, para imitarme en la perfección que yo de tí quiero. Ningun tormento, ni la misma muerte rehusara yo, si fuera necesario para remediar á cualquiera de los que se condenan, y lo reputara por descanso en mi ardentísima caridad. Pues ya que tú no mueras con este dolor, por lo menos no excuses el padecer todo lo que el Señor ordenare por esta causa, y tampoco el pedir por ellas y trabajar con todas tus fuerzas para excusar en tus hermanos cualquiera culpa, si pudieras atajarla; y cuando no luego la consigas, ni conozcas que te oye el Señor, no por esto pierdas la confianza, sino avivala y persevera, que esta porfía nunca puede desagradarle, pues desea él, mas que tú, la salvación de todos sus redimidos. Y si todavía no fueres oída ni alcances lo que pides, aplica los medios que la prudencia y la caridad pidieren, y vuelve á pedir con nueva instancia; que siempre se obliga el Altísimo de esta caridad con el prójimo, y del amor que obliga á impedir el pecado de que se ofende. No quiere la muerte del pecador<sup>1</sup>; y como has escrito, no tuvo por sí voluntad absoluta y antecedente de perder á sus criaturas, antes las quisiera salvar á todas, si ellas no se perdieran; y aunque lo permite por su justicia, permite lo que le es de su desagrado por la condición libre de los hombres. No te encojas en estas peticiones; mas las que fueren de cosas temporales preséntalas, y pídele haga su voluntad santa en lo que conviene.

178. Y si por la salvación de tus hermanos quiero que trabajes con tanto fervor de caridad, considera lo que debes hacer por la tuya, y en qué estimación has de tener tu propia alma, por quien se ofreció infinito precio. Quiérote amonestar como Madre, que cuando la tentación y pasiones te inclinen á cometer alguna culpa, por levisima que sea, te acuerdes del dolor y lágrimas que me costó el saber los pecados de los mortales y desear impedirlos. No quieras tú, carísima, darme la misma causa; que si bien no puedo ahora recibir aquella pena, por lo menos me privarás del gozo accidental que recibiré de que habiéndome dignado de ser tu Madre y Maestra para gobernarte como á hija y discípula, salgas perfecta, como

<sup>1</sup> Ezech. xxxiii, 11.

enseñada en mi escuela. Y si en esto fueres infiel, frustrarás muchos deseos míos de que en todas tus obras seas agradable á mi Hijo santísimo, y le dejes cumplir en tí su voluntad santa con toda plenitud. Pondera, con la luz infusa que recibes, cuán graves serian tus culpas, si alguna cometieras despues de hallarte tan beneficiada y obligada del Señor y de mí. No te faltarán peligros y tentaciones en lo que tuvieres de vida; mas en todas te acuerda de mi enseñanza, de mis dolores y lágrimas, y sobre todo de lo que debes á mi Hijo santísimo, que tan liberal es contigo en favorecerte y aplicarte al fruto de su sangre, para que en tí halle retorno y agradecimiento.

## CAPÍTULO XI.

*Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba á los nuevos fieles; y lo que hizo con san Estéban en su vida y muerte; y otros sucesos.*

Ciencia que se le dió á María correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia. — Caridad que tuvo en correspondencia á esta ciencia. — Orden de su caridad interior en correspondencia á los méritos de los sujetos. — Gobierno de las demostraciones exteriores para excusar las emulaciones y envidia. — Cuán importante fue esta enseñanza para los Prelados de la Iglesia, y para los que reciben singulares dones divinos. — No por esto faltaba á la veneración exterior que se debía á cada uno segun la dignidad ó ministerio que tenia. — Prudentísima igualdad del amor exterior de María á los fieles sin que á nadie tuviese querelloso. — No quiso distribuir officios ni interceder por alguno para que se lo diesen. — Ejemplo de humildad que con esto dejó para que nadie presuma gobernar por sí lo que requiere consejo. — Mengua de virtud que trae consigo el interceder para que otros consigan cosas temporales. — No por esto negaba la prudentísima Virgen su consejo y dirección para las acciones que la consultaban. — Especial amor que tuvo María á san Estéban desde que comenzó á seguir á Cristo. — Condiciones que tenia san Estéban para ser amado especialmente de la Virgen. — Cómo correspondía san Estéban á los favores de Cristo y su Madre. — Devoción que tuvo siempre á la Madre de Dios. — Palabras proféticas con que previno María á Estéban para el martirio. — Cuánto inflamó este aviso en el deseo del martirio al corazón de Estéban. — Encendido en este deseo por las palabras de María, se señaló tanto en la predicación y disputas. — Temor que tuvo el demonio de que san Estéban consiguiese públicamente el martirio. — Persuadió á los mas pérfidos judíos que le diesen ocultamente la muerte. — Medios con que le libró la Madre de Dios. — En tres ocasiones le sacó por medio de un Ángel de una casa donde le querian ahogar. — Otras veces le avisaba con el Ángel del peligro. — Otras le detenía en el cenáculo, sabiendo le aguardaban para matarlo de noche. — Querellábase amorosamente Estéban á María, viendo que le libraba tantas

veces de el deseado martirio. — Palabras amorosas con que le consolaba María de la dilacion. — Santidad y eminente perfeccion de san Estéban que le mereció ser el primer mártir despues de Cristo. — Rencilla que se levantó entre los fieles griegos y hebreos. — Declárase sobre qué fue, y cuál era el ministerio cotidiano. — Medio que dieron los Apóstoles para componer la diferencia. — Eleccion de los siete varones y su ministerio. — Fue el primero y principal Estéban. — Como extinguió el Santo la rencilla. — Acusacion de san Estéban que hicieron los pérfidos judíos. — Sermon que hizo el Santo respondiendo. — Envió María uno de sus Ángeles que de su parte animase á Estéban para el conflicto. — Respuesta de san Estéban á la Madre de Dios. — Deseo de María de asistir personalmente á san Estéban en su conflicto. — Como lo aceptó el Señor y dispuso se cumpliese. — Llevaron los Ángeles á María en una refulgente nube al tribunal donde estaban examinando á san Estéban. — Solo Estéban vió la maravilla. — Cuánto se encendió en amor divino y celo con este favor. — Reverberaban en el rostro de Estéban los resplandores que tenia María. — Vieron esta maravilla del rostro de san Estéban los judíos. — Por qué no se les ocultó. — Ocultóseles la causa, y por qué no la declaró san Lucas. — Oficios que hizo en esta visita la Madre de Dios con Estéban, y su feliz logro. — Aparecimiento de Cristo á san Estéban abriéndose los cielos. — Dióle María su bendicion, y se despidió dél cuando comenzó el ímpetu de los judíos. — Envió unos Ángeles con Estéban, y otros la volvieron al cenáculo. — Vision que tuvo María del martirio de san Estéban y sus circunstancias. — Compasion y gozo de María en ella. — Acompañó María á Estéban en la oracion que hizo por los que le martirizaban. — Los Ángeles de María llevaron el alma de Estéban á la gloria. — Recibimiento que le hizo Cristo. — Gloria accidental que hubo aquel dia en todos los ciudadanos del cielo. — Superior gloria de san Estéban. — Tuvo María vision de todo. — Dia y año del martirio de san Estéban, y su edad cuando murió. — Concurrió el nacimiento y muerte de san Estéban en el mismo dia que hace su fiesta la Iglesia. — Desde este dia tomó por su cuenta Saulo el perseguir la Iglesia. — Causa por qué los hombres terrenos animales hacen tan desigual y bajo concepto de los misterios divinos. — Debe el alma hacer digno aprecio y ponderacion dello para su enseñanza. — En la variedad de penas y consuelos con que estuvo tejida la vida de María ha de conocer que debe ser así la propia. — En la igualdad con que gobernaba los hijos de la Iglesia han de tomar doctrina de gobernar los Prelados. — Cuántos males se evitarian tomándola. — En la misma forma se debe tomar doctrina en las demás obras de la Madre de Dios.

179. Al ministerio de Madre y Maestra de la santa Iglesia, que dió el Señor á María santísima, era consiguiente darla ciencia y luz proporcionada á tan alto oficio, para que con ella conociera á todos los miembros de aquel cuerpo místico, cuyo gobierno espiritual le tocaba, y á cada uno le aplicase la doctrina y magisterio conforme á su grado, condicion y necesidad. Este beneficio recibió nuestra Reina con tanta plenitud y abundancia de sabiduría y ciencia divina, como se colige de todo el discurso que voy escribiendo. Conocia á

todos los fieles que entraban en la Iglesia, penetraba sus naturales inclinaciones, el grado de gracia y virtudes que tenian, el mérito de sus obras, sus fines, y principios de cada uno; y nada ignoraba de toda la Iglesia, salvo si alguna vez le ocultaba el Señor por algun tiempo algun secreto, que despues venia á conocer cuando convenia. Y toda esta ciencia no era estéril y desnuda, sino que le correspondia igual participacion de la caridad de su Hijo santísimo, con que amaba á todos, como los miraba y conocia. Y como juntamente conocia tambien el sacramento de la voluntad divina, con toda esta sabiduría dispensaba en medida y peso los afectos de la caridad interior; porque ni daba mas al que se le debia menos, ni menos al que merecia ser mas amado y estimado; defecto en que muy de ordinario incurrimos los ignorantes hijos de Adan, aun en lo que nos parece justificado.

180. Pero la Madre del amor concertado y de la ciencia no pervertia el orden de la justicia distributiva trocando los afectos<sup>1</sup>; porque los dispensaba á la luz del Cordero que la iluminaba y gobernaba, para que de su amor interior diese á cada uno lo que se le debia, mas ó menos; aunque para todos en esto era Madre piadosísima, amantísima, sin tibieza, escasez ni olvido. Pero en los efectos y demostraciones exteriores se gobernaba por otras reglas de suma prudencia, atendiendo á excusar la singularidad en el trato y gobierno de todos, y evitar los leves achaques con que se engendran emulaciones y envidias en las comunidades, familias y en todas las repúblicas, donde hay muchos que vean y juzguen las acciones públicas. Natural y comun pasion es en todos desear ser estimados y queridos, y mas de los que son poderosos; y apenas se hallará alguno que no presuma de sí mismo tiene tantos méritos como el otro para ser tan favorecido y aun mas. Esta dolencia no perdona á los mas altos en estado, ni aun en virtud, como se vió en el colegio apostólico, que por alguna particular señal, que les despertó la sospecha, se movió luego entre ellos la cuestion de la precedencia y superior dignidad en el colegio sagrado, y se la propusieron á su Maestro<sup>2</sup>.

181. Para prevenir y excusar estas rencillas era advertidísima la gran Reina en ser muy igual y uniforme en los favores y demostraciones que hacia con todos á vista de la Iglesia. Y no solo fue esta doctrina digna de tal Maestra, pero muy necesaria en los principios de su gobierno; así para que quedase establecida en la Igle-

<sup>1</sup> Cant. II, 4. — <sup>2</sup> Matth. XVIII, 1.

sia por los prelados que en ella habian de gobernar, como porque en aquellos felicísimos principios resplandecian con milagros y otros dones divinos todos los Apóstoles y discípulos, y otros fieles, como en los últimos siglos se señalan muchos en ciencia y letras adquiridas. Y convenia enseñar á todos, que ni por aquellos grandes dones, ni por estos menores, ninguno se levantase en vana presuncion, ni se juzgase por digno de ser mas honrado y favorecido de Dios y de su Madre santísima en las cosas exteriores. Bástele al justo que sea amado del Señor y esté en su amistad; y al que no lo es, no le será de provecho el beneficio de la honra y estimacion visible.

182. Mas no por este recato faltaba la gran Reina á la veneracion y honor que de justicia se debia á cada uno de los Apóstoles y fieles por la dignidad ó ministerio que tenia; porque en esta veneracion tambien era dechado para todos de lo que debian hacer en las cosas de obligacion: como en el recato enseñaba la templanza en las que eran voluntarias y sin esta deuda. Fue tan admirable y prudente en todo esto nuestra gran Reina, que jamás tuvo querelloso alguno de los fieles que la trataban; ni pudo con razon, ni aparente, negarle alguno la estimacion y respeto; antes todos la amaban y bendecian, y se hallaban llenos de gozo y deudores á sus favores y piedad maternal. Ninguno pudo tener sospecha de que le faltaria á su necesidad, ni le negaria el consuelo en ella. Ninguno conoció que á él le desestimase, y á otro favoreciese ó amase mas que á él, ni les daba motivo de hacer en esto alguna comparacion. Tanta fue la discrecion y sabiduría de esta Reina, y tan ajustadas ponía las balanzas del amor exterior en el fiel de la prudencia. Sobre todo eso no quiso por sí misma distribuir oficios ni las dignidades que se repartian entre los fieles, ni interceder por alguno para que se le diese. Todo lo remitía al parecer y votos de los Apóstoles, cuyo acierto alcanzaba ella del Señor en su secreto.

183. Obligábale tambien para obrar tan sábiamente su profundísima humildad, con que la enseñaba á todos; pues conocian era Madre de la sabiduría, y que nada ignoraba ni podia errar en lo que hiciese. Mas con todo eso quiso dejar este raro ejemplo en la santa Iglesia, para que nadie presumiese de su propia ciencia, prudencia ó virtud, y menos en materias graves; pero todos entendiesen que el acierto está vinculado á la humildad y al consejo, y la presuncion al propio dictámen, cuando hay obligacion de no obrar solo con él. Conocia asimismo que el interceder y favorecer á otros

con cosas temporales trae consigo algun dominio presuntuoso, y mayor le tiene recibir de voluntad los agradecimientos que hacen aquellos que son favorecidos y beneficiados. Todas estas desigualdades y menguas de la virtud eran muy ajenas de la suprema santidad de nuestra divina Maestra; y por eso nos enseñó con su vivo ejemplo el modo de gobernar nuestras obras para no defraudar el mérito ni impedir la mayor perfeccion. De tal manera procedia en este recato, que no por él negaba el consejo á los Apóstoles y la direccion de sus oficios y acciones, en que muy frecuentemente la consultaban; lo mismo hacia con los demás discípulos y fieles de la Iglesia, porque todo lo obraba con plenitud de sabiduría y caridad.

184. Entre los Santos que fueron muy dichosos en merecer especial amor de la gran Reina del cielo, fue uno san Estéban, que era de los setenta y dos discípulos; porque desde el principio que comenzó á seguir á Cristo nuestro Salvador, le miró Maria santísima con especialísimo afecto entre los demás, dándole el primero ó de los primeros lugares en su estimacion. Conoció luego que este Santo era elegido por el Maestro de la vida para defender su honra y santo nombre, y dar la vida por él. Á mas de esto el invicto Santo era de condicion suave, apacible y dulce; y sobre este buen natural le hizo la gracia mucho mas amable para todos, y mas dócil para toda santidad. Era esta condicion muy agradable para la dulcísima Madre; y cuando hallaba alguno de este natural blando y pacífico, solía decir que aquel se asimilaba mas á su Hijo santísimo. Por estas condiciones, y las heróicas virtudes que conocia en san Estéban, le amaba tiernamente, dábale muchas bendiciones, y al Señor gracias, porque le habia criado, llamado y escogido para primicias de sus Mártires; y con la estimacion prevista de su martirio le amaba mucho en su interior, porque su Hijo santísimo le habia revelado aquel secreto.

185. El dichoso Santo correspondia con fidelísima atencion y veneracion á los beneficios que recibia de Cristo nuestro Salvador y su beatísima Madre; porque no solo era pacífico, sino humilde de corazon, y los que con verdad lo son obliganse mucho de los beneficios, aunque no sean tan grandes como los que el santo discípulo Estéban recibia. Concibió siempre altísimamente de la Madre de misericordia, y solicitaba su gracia con este aprecio y ferventísima devocion. Preguntábale muchas cosas misteriosas; porque era muy sábio, lleno del Espíritu Santo y de fe, como san Lucas lo di-

ce <sup>1</sup>. La gran Maestra le respondía á todas sus preguntas, le confortaba y animaba, para que invictamente volviese por la honra de Cristo. Y para confirmarle mas en su gran fe, le previno María santísima el martirio, y le dijo: *Vos, Estéban, seréis el primogénito de los Mártires que engendrará mi Hijo santísimo y mi Señor con el ejemplo de su muerte; y seguiréis sus pasos como esforzado discípulo á su maestro, y soldado animoso á su capitán; en la milicia del martirio llevaréis el estandarte de la cruz. Para esto conviene que os armeis de fortaleza con el escudo de la fe, y creed que la virtud de el Altísimo os asistirá en vuestro conflicto.*

186. Este aviso de la Reina de los Ángeles inflamó tanto el corazón de san Estéban con el deseo del martirio, cuanto se colige de lo que se refiere dél en los Actos apostólicos, donde no solo se dice estaba lleno de gracia y fortaleza, y que obraba grandes prodigios y maravillas en Jerusalem; pero despues de los apóstoles san Pedro y san Juan, de ninguno otro se dice disputase con los judíos, y los confundiese antes que san Estéban <sup>2</sup>, á cuya sabiduría y espíritu no podian resistir, porque con intrépido corazón les predicaba, redargüia y reprehendia, señalándose en este esfuerzo antes y mas que otros discípulos. Todo esto hacia san Estéban encendido en el deseo del martirio que la gran Señora le aseguró conseguiria. Y como si otro le hubiera de ganar de mano esta corona, se ofrecia ante todos los demás á las disputas con los rabinos y maestros de la ley de Moisés, y anhelaba por las ocasiones de defender la honra de Cristo, por la cual sabia que habia de poner su vida. La atención maligna del dragon infernal, que llegó á conocer el deseo de san Estéban, convirtió contra él su saña, y pretendió impedir los pasos del invicto discípulo para que no llegara á conseguir público martirio en testimonio de la fe de Cristo nuestro bien. Y para atajarlo incitó á los judíos mas incrédulos que diesen la muerte á san Estéban ocultamente. A tormentó á Lucifer la virtud y esfuerzo que reconoció en san Estéban, y temió que con ella haria grandes obras en vida y muerte, acreditando la fe y doctrina de su Maestro. Y con el odio que los judíos tenian contra el santo discípulo fácilmente los persuadió á que en secreto le quitasen la vida.

187. Intentáronlo muchas veces en el poco tiempo que pasó desde la venida del Espíritu Santo hasta el martirio del Santo. Pero la gran Señora del mundo, que conocia la malicia y enredos de Lucifer y de los judíos, libró á san Estéban de todas sus asechan-

<sup>1</sup> Act. vi, 8. — <sup>2</sup> Ibid. 9.

zas, hasta que fue tiempo oportuno de morir apedreado, como diré luego. En tres ocasiones envió la Reina uno de sus Ángeles que le asistian, para que sacase á san Estéban de una casa donde le pretendian quitar la vida ahogándole. Y el santo Ángel le sacó de este peligro invisiblemente para los judíos que le buscaban; aunque no para el Santo, que le vió, y conoció que le llevaba al cenáculo y le presentaba á su Reina y Señora. Otras veces le avisaba con el mismo Ángel para que no fuese á tal calle ó casa, donde le esperaban para acabar con él. Otras veces la gran Madre le detuvo para que no saliese del cenáculo; porque conocia que le acechaban para matarle. Y no solo le esperaron algunas noches á la salida del cenáculo para ir á su posada; pero en otras casas le pusieron las mismas asechanzas y traiciones. Porque san Estéban (como he dicho) con su ardiente celo acudia al consuelo de muchos fieles necesitados, y no solo no temia los peligros y ocasiones para morir, mas antes las deseaba y solicitaba. Y como no sabia para cuándo le guardaba el Señor esta gran felicidad, y veia que tantas veces le libraba de los peligros la beatísima Madre, solia amorosamente querellarse con ella, y la decia: *Señora y amparo mio; pues ¿cuándo ha de llegar el día y la hora en que yo pague á mi Dios y Maestro la deuda de mi vida, sacrificándome para la honra y gloria de su santo nombre?*

188. Eran para María santísima estas querellas del amor de Cristo en su siervo Estéban de incomparable júbilo; y con maternal y dulce afecto solia responderle: *Hijo mio y siervo fidelísimo del Señor, ya llegará el tiempo determinado por su altísima sabiduría, y no se hallarán frustradas vuestras esperanzas. Trabajad ahora lo que os resta en su santa Iglesia, que segura tendréis la corona de vuestro nombre; y dadle gracias continuamente al Señor que os la tiene prevenida.* Era la pureza y santidad de san Estéban nobilísima y de eminente perfeccion, de manera que los demonios no podian llegar á él de mucha distancia; y por esto muy amado de Cristo y de su Madre santísima. Ordenáronle los Apóstoles de diácono. Y antes de ser mártir, era su virtud y santidad muy heroica; con que mereció ser el primero que despues de la pasión ganó la palma á todos. Y para manifestar mas la santidad de este grande y primero Mártir, añadiré aquí lo que he entendido, conforme á lo que refiere san Lucas en el capítulo vi de los Hechos apostólicos.

189. Levantóse una rencilla en Jerusalem entre los fieles convertidos; porque los griegos se quejaban contra los hebreos, de que en el ministerio y servicio cotidiano de los convertidos no eran ad-